

INTRODUCCIÓN

Bénédicte Brémard*

Recibido: 12 Abril 2015 / Revisado: 12 Septiembre 2015 / Aceptado: 27 Septiembre 2015

“Transición democrática”, “Transición a la democracia”, “Transición franquista a la democracia”... la terminología de la historiografía sobre la Transición de la dictadura franquista a la democracia no deja de evolucionar, precisamente en el momento en que de la derecha a la izquierda pasando por el centro, los principales partidos políticos reivindican la necesidad de una segunda Transición, sin que tenga el mismo significado para unos y para otros.

Las elecciones del reciente 20 de diciembre de 2015 (escribimos estas líneas apenas unos días después, cuando no queda claro en qué tipo de gobierno puedan desembocar ni qué papel pueda desempeñar el rey en la búsqueda de salida al bloqueo político) confirmaron algo que llevaba tiempo anunciándose ante la mirada de cualquier observador atento: la muerte del bipartidismo vigente desde el fin de la dictadura, heredado de la Transición o renacido del “turno” del siglo anterior, un turno decimonónico estrechamente vinculado a la Restauración borbónica a la que ofreció una garantía de estabilidad después de la era de los pronunciamientos militares.

Este nuevo panorama político, coincidente con la todavía reciente abdicación del rey a favor de

su heredero, suscita nuevas preguntas: ¿La revisión del balance de la Transición puede y debe llevar consigo una revisión del régimen monárquico? ¿El fin del bipartidismo puede acarrear el fin de la monarquía?

Los trabajos que componen este dossier parten, pues de este doble cuestionamiento, con la voluntad de proponer una mirada sobre la historia actual desde el enfoque de los estudios de imagen y medios de comunicación. No podemos ignorar, en efecto, “la doble función de los *mass media*: la función mimética, reproductiva de un cierto estado de cosas –susceptible de un análisis socio-antropológico– y la proyectiva o imaginaria, en la que las representaciones son el pre-texto de otro texto, un subtexto que subyace a todas las formaciones imaginarias, un texto flotante, a veces informe, que revela estructuras profundas (de orden semántico y simbólico)” según esta definición de Gérard Imbert².

Numerosos son los estudios que han analizado el papel y la evolución de la televisión durante la Transición. Podemos citar entre ellos los de Manuel Palacio³, Virginie Philippe⁴, o Virginia Martín Jiménez⁵. También existen publicaciones que van estudiando las representaciones de la his-

* Université de Bourgogne Franche-Comté. E-mail: benedicte.bremard@gmail.com.

¹ Expresión utilizada por Esperanza Yllán en su conferencia en las Jornadas *La Transición en el cine/el cine en la Transición*, Universidad Complutense de Madrid, 30-31/10/2014.

² Imbert, Gérard, *Cine e imaginarios sociales*, Madrid, Cátedra, Signo e imagen, 2010, 11.

³ Palacio, Manuel (ed.), *Las imágenes del cambio, Medios audiovisuales en las transiciones a la democracia*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013; *La televisión durante la Transición española*, Madrid, Cátedra Signo e Imagen, 2012.

⁴ Philippe, Virginie, *Transition et télévision en Espagne, le rôle de la TVE 1973-1978*, Paris, L'Harmattan, 2007.

⁵ Martín Jiménez, Virginia, *Televisión española y la transición democrática. La comunicación política del cambio (1976-1979)*, Ediciones Universidad de Valladolid, 2013.

toria actual en televisión⁶. Si son cada vez más las que van cuestionando el vínculo, por no decir la confusión, entre las narrativas cohesionadoras sobre la Transición y la existencia de un relato legitimador sobre la Corona, nos ha parecido interesante tomar dichos trabajos como base para una lectura comparada de la mediatización de las dos transiciones monárquicas que iniciaron los reinados de Juan Carlos I y Felipe VI⁷. “Transiciones monárquicas” quizás no sea la expresión más adecuada pero es la que nos permite subrayar los puntos comunes entre ambos procesos. Dos procesos sucesorios que suceden en contextos en que no son nada evidentes. Como recuerda el artículo de Alejandro Román Antequera, la llegada al trono de Juan Carlos I es, en realidad, una restauración de la monarquía tachada por el pecado original de su deuda al franquismo y que nace en un ambiente de rivalidad de potenciales herederos. Si la abdicación a favor de su hijo Felipe VI se supone a nivel legal más “normal”, el contexto político hace que se cuestione la utilidad de la institución monárquica. Como subraya el autor, recobrar la confianza es mucho más difícil que ganarla. En efecto, el análisis de las encuestas de opinión propuesto por dicho trabajo demuestra que si la figura de Juan Carlos I se percibió en los primeros años de la democracia como garantía de estabilidad democrática, a partir de 2008 baja de manera considerable la confianza en la institución, y eso a pesar de la multiplicación de programas de ficción o de información con claros fines legitimadores.

Hace ya algunos años que se han multiplicado las publicaciones de estudios y ensayos que ponen en tela de juicio la historia oficial, políticamente

correcta, de una Transición modélica, para hacer oír voces disonantes que reclaman que, al menos, se pueda expresar una opinión divergente y proponer una lectura matizada o crítica. Si la crisis de las instituciones remonta a 2008, y alcanzó su punto culminante con las manifestaciones del 15-M de 2011, quizás por un efecto de rebote de la crisis económica y de la falta de lucidez y soluciones propuestas por las instancias políticas a la ciudadanía, el año 2012 marcó sin duda un punto de no retorno en el desgaste de confianza en el poder encarnado por la corona. Este mismo año se publicaba el libro *CT o la cultura de la Transición*, recopilación de artículos que desde varios puntos de vista denuncian la existencia de una cultura hegemónica que cierra el paso a cualquier mirada que no adhiera a fórmulas consensuales como: “sin vencedores ni vencidos”, “concordato, nación indisoluble y juancarlismo⁸”, porque la CT es “una cultura aporriada, para la que meramente nombrar el conflicto social o político es un acto performativo de consecuencias terribles: el conflicto se vuelve real⁹”. Ya se puede adivinar que el movimiento 15-M dio un serio golpe a la CT, anunciando la llegada de lo que profetizó en su momento Jorge Semprún: “la Transición fue en sí muy positiva pero trajo la amnistía y la amnesia. España pagará algún día el precio de este proceso¹⁰”.

Dos años después, se publicaba el trabajo de Luisa Elena Delgado, *La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española (1996-2011)*¹¹, en el que la autora analiza la lógica cultural (vinculada con el fenómeno marca y la estrategia de consumo) del periodo considerado como posdemocracia o democracia del consenso (considerado

⁶ Citemos Castelló Enric y López, Francisca (eds), *Cartografías del 23-F. Representaciones en la prensa, la televisión, la novela, el cine y la cultura popular*, Barcelona, Laertes, 2014 ; Coronado Ruiz, Carlota y Rueda Laffond, José Carlos, *La mirada televisiva. Ficción y representación histórica en España*, Madrid, Fragua, 2009.

⁷ Sobre la imagen de la familia real, queremos destacar unos trabajos pioneros : Berthier, Nancy, “La Famille de Juan Carlos Premier”, *Image et divinités*, Actes du 2è Congrès du GRIMH, Université Lumière-Lyon 2, 2001, 415-427 ; Berthier Nancy, “L’affaire Cendrillon : aspects du traitement médiatique des fiançailles du prince des Asturies et de Letizia Ortiz Rocasolano”, *Image et pouvoir*, Actes du 4è Congrès du GRIMH, Université Lumière-Lyon 2, 2006, 547-558 ; Marigno, Emmanuel, “Image, manipulation et satire : du corps défendant au corps défendu (Don Felipe y doña Letizia, ¡vaya un follón !”, *Image et manipulation*, Actes du 6è Congrès du GRIMH, Université Lumière-Lyon 2, 105-108.

⁸ Campadabal, Pep, “CT y política : la lucha por el punto medio. Del ‘pacto con el régimen, de entrada, no’ a la victoria de la CT”, *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, Barcelona, Mondadori, 2012, 65-75.

⁹ López, Isidro, “Consensonomics: la ideología económica en la CT”, *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, Barcelona, Mondadori, 2012, 77-88.

¹⁰ Echevarría, Ignacio, “La CT : un cambio de paradigma”, *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, Barcelona, Mondadori, 2012, 25-36.

¹¹ Madrid, Siglo XXI, 2014.

como antidemocrático dado que no admite la discusión), insistiendo en las nociones de mito (siendo considerada la Transición como mito fundacional y exportable cuya mitificación implica la pérdida de la memoria histórica con sus matices y contradicciones), imaginario, normalización y en todo lo que excluyen (separatismo, reforma de la constitución, politización del arte) porque implicaría una deconstrucción de los fundamentos del concepto de nación, hasta plantear la pregunta de “si se puede ser leal a una identidad que se entiende como insegura”.

Fue exactamente en el mismo periodo cuando se rompió por primera vez el tabú de representar al jefe de estado en funciones (así como a varios miembros de la Casa Real) a través de un actor en varias ficciones televisivas. Curiosamente, este tabú se rompe en el Reino de España antes que en la República francesa donde fue sólo en 2011 cuando se hizo por primera vez en *La Conquête*, una película basada en la conquista del poder por el entonces presidente Sarkozy que a pesar de una importante campaña de publicidad (fue presentada fuera de competición en el Festival de Cannes) no tuvo muy buena acogida, ni entre la crítica, ni entre el público. Los pioneros en poner en escena en la pantalla parte de la vida de un jefe de estado en funciones sin duda fueron Stephen Frears con *The queen*, ficción sobre la crisis de popularidad sufrida por la Reina de Inglaterra después de la muerte de lady Diana, mientras el mismo año (2006) Nanni Moretti también se libró a una crítica feroz y metafílmica de Berlusconi a través de *El caimán (Il caimano)*.

En España fue pues en 2008 cuando empezaron a surgir ficciones televisivas cuya novedad consiste en que, como da cuenta José Carlos Rueda Laffond en su trabajo en este dossier, muestren “como protagonistas a miembros de la Familia Real y que sus tramas deambulaban por el espacio familiar y por la esfera de lo privado”. A través de este trabajo, vemos cómo las ficciones toman el relevo de programas documentales para construir relatos legitimadores alrededor de las figuras de Juan Carlos I y del entonces futuro Felipe VI. Sin embargo, ambas figuras se convierten en héroes de relatos de aprendizaje y de emancipación y se mueven en un precario equilibrio entre los valores de continuidad (de la institución monárquica que

encarnan) y de necesaria ruptura con su predecesor en la jefatura del estado.

Si las primeras ficciones en abrir este camino representaron más bien nuevas formas de la “política de memoria televisiva”, marcando a su manera aniversarios (del 20-N y sus consecuencias, del 23-F), de cierto modo se abrió la caja de Pandora con *23-F, el día más difícil del rey*: al elegir como punto de vista sobre el 23-F el del rey siguiendo los acontecimientos en el palacio de la Zarzuela, mezclaba lo político con lo privado y abrió las puertas a una serie de representaciones que iban luego a privilegiar este último aspecto. Y eso pese a que *23-F, el día más difícil del Rey* conlleve un discurso de legitimación monárquica, (dado que recrea el golpe de estado desde la mirada de un rey al que se ve actuando de manera heroica, sin interesarse por la percepción y posibles consecuencias del golpe para los ciudadanos e insistiendo de paso en su valor de aprendizaje para el entonces príncipe), y a que recibió gran acogida si nos fijamos en los datos de audiencia, como analiza Laureano Montero. Quizás porque lo que representa sintetiza “la historia tal como nos la contaron”, se define como “un relato pos-propaganda”, típico de la CT, acrílico y cohesionador, precisamente en el momento en que iban a aparecer las primeras fisuras y críticas en la representación de una monarquía supuestamente inseparable de la democracia.

Curiosamente, la aparición de las representaciones ficticias de la intimidad de los principales miembros de la familia real (a través de las mini series *Softa, Felipe y Letizia, El rey*), si bien buscaba transmitir la imagen de una familia de clase media moderna propicia a la identificación del público, como se demuestra en el citado trabajo, prefiguró con poco adelanto la mediatización de varios escándalos, en los que, precisamente, se confundía lo público y lo privado, como la posible implicación de la infanta Cristina en un caso de corrupción en que está involucrado su marido, o la caída del rey Juan Carlos I durante una caza en Botsuana a la que acudió por motivos de orden privado. Algo ha cambiado en la representación de la imagen real, y no sólo es debido a la multiplicación de los nuevos medios de comunicación ni al hecho de que permiten la alta difusión y la casi imposible eliminación de imágenes privadas, caricaturescas o manipuladas¹². En la

¹² Véase: Gondra Aguirre, Ander, G. de Angelis, Marina, López de Munain, Gorka, Vives-Ferrandiz Sánchez, Luis (Grupo de Investigación Irudi), *Cuando despertó, el elefante todavía estaba ahí. La imagen del Rey en la Cultura Visual 2.0*, Barcelona, Sans Soleil Ediciones, 2014.

sociedad del espectáculo o del simulacro, según nos referimos a Debord o Baudrillard, el poder goza de las mismas armas que el contrapoder para elaborar un relato mítico y cohesionador, una imagen del monarca que pueda generar adhesión, pero, eso sí, tiene que manejar una realidad: el poder monárquico ha perdido su carácter sagrado, y la Transición también, y el espectador-ciudadano del siglo XXI será consciente y partícipe de la construcción de nuevos imaginarios, o no será. Puede ser consecuencia de la crisis y la derivada pérdida de confianza en las instituciones o bien, simplemente, el fruto del relevo generacional, como apunta Laura Pousa respecto a los creadores de *Operación Palace* que “no sienten el pasado trágico de la guerra civil en primera persona y, por tanto, no vivieron el desencanto como parte de la aceptación de los límites de la democracia”.

Por lo tanto, los trabajos que presentamos aquí tratan de analizar cómo y entender por qué se multiplicaron en los últimos años, en el momento clave del relevo monárquico, las manifestaciones de una posmemoria o incluso contramemoria. En su estudio sobre *Operación Palace*, Laura Pousa demuestra que el ejercicio de estilo de Jordi Évole no sólo pone en jaque al icono del rey como salvador de la democracia, sino que cuestiona la herencia de un relato mediático y mediatizado de la Transición en el que tanto los periodistas como los políticos jugaban un papel transcendente e incuestionable de “héroes de la verdad y la democracia”. Curiosamente, al romper con la herencia consensual de este relato, Évole permite que la televisión juegue de nuevo un papel pedagógico, pero con una modalidad crítica, que abre la puerta a unos ejercicios de contramemoria sin ofrecer respuestas inmediatas, sin que la historia que narra, reconocida como falsa, sea inmediatamente convertible en Historia, si bien es interesante notar que casi toda la clase política de la época del 23-F (tanto el rey como Felipe González, Alfonso Guerra, Santiago Carrillo o Manuel Fraga) sale parodiada, salvo Adolfo Suárez. El ex presidente aparece más bien como el verdadero héroe del 23-F, un héroe sacrificado de un golpe de estado escenificado para crear una irreversible cohesión alrededor del rey y de la constitución democrática. El trabajo de Laura Pousa también establece una genealogía española

del *fake* que nos recuerda la importancia de un cineasta como Basilio Martín Patino en la historia del documental transgresor en España; el hecho de que este tipo de propuestas aparezcan ahora en televisión sin duda marca una invitación a la desconstrucción de mitos necesaria a un verdadero debate democrático adulto, “un antes y un después en la historia de la televisión española y en la reconfiguración de la memoria oficial televisada”.

El análisis de *Audiencia abierta* que proponemos para cerrar este dossier muestra cómo este programa de información sobre la jefatura del estado refleja las contradicciones de la comunicación alrededor del heredero de la corona. En una época de desgaste de la imagen monárquica, tiene que presentarse como el rey del cambio defendiendo contra vientos y mareas la utilidad de la institución heredada de un pasado nada consensual que él encarna y representa. Varias tendencias alternan en la línea editorial de dicho programa, desde la desvalorización de la imagen del anterior monarca a la frivolidad de la representación de la nueva familia real, pasando por un juego de flirteo con las ideas republicanas, para tratar de mejor rechazarlas.

Por último, nos gustaría añadir que los presentes trabajos se inscriben en la prolongación de otros muchos sobre las representaciones de los imaginarios sociales, definidos éstos como “representaciones flotantes, más o menos conscientes, que condicionan nuestra aprehensión de la realidad e inciden en la formación de la identidad social”, y tomando en cuenta “un planteamiento de la identidad en el que ésta no es un hecho patrimonial (transmitido) sino un constructo social, algo adquirido y permanentemente cuestionado, amenazado por la ambivalencia, la coexistencia de contrarios, sin que esto resulte forzosamente contradictorio¹³”. Por lo tanto hacemos nuestra esta invitación: “En vez de lamentarnos de la decadencia de los sistemas simbólicos, tendríamos que prestar más atención a la emergencia, en los imaginarios actuales, de nuevas formas de sentir y de relacionarse. ¿Acaso no es una de las funciones de lo imaginario el anticiparse a las representaciones colectivas, adelantarse a los cambios sociales, dándoles forma sensible, no sólo reflejar *lo que hay* sino lo que *puede ser*? Si la utopía parece tocada a muerte, los imaginarios, en cambio, siguen vivos...¹⁴”

¹³ Imbert, Gérard, *op. cit.*, 15.

¹⁴ Imbert, Gérard, *op. cit.*, 734-735.